

Reseña
Robert L Paquette

El azúcar se hace con sangre

La Conspiración de la Escalera y el conflicto entre imperios sobre la esclavitud en Cuba

Mustafa Salaam

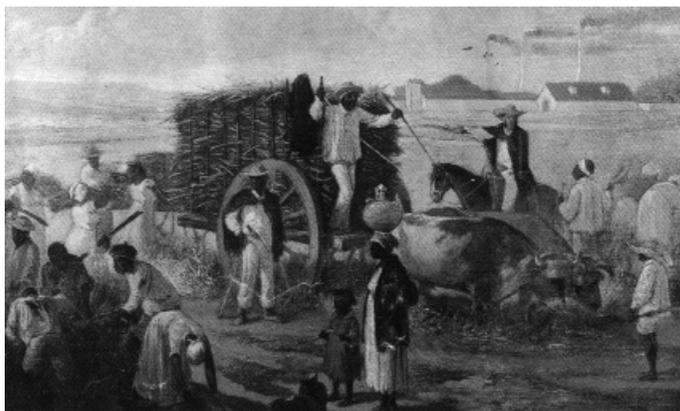
Profesor y escritor.

Para entender las dinámicas raciales en la estratificación de la sociedad cubana, es necesario remontarse a la historia de la esclavitud en esa isla caribeña.

Gracias a la inapreciable investigación realizada por Robert L Paquette en la Sociedad de Historia de Massachusetts, el lector de “El azúcar se hace con sangre” logra conocer no solo acerca de las brutales prácticas del gobierno colonial español sino también sobre uno de los sucesos más controversiales del siglo XIX cubano: La Conspiración de la Escalera. La conspiración tomó ese nombre recordando el objeto al que eran atados los esclavos, una escalera, para sacarles confesiones a fuerza de latigazos.

El autor recoge distintas versiones sobre estos hechos, las reales y las fabuladas. Narra los sucesos acaecidos y el número de esclavos que sufrieron los embates de ese oscuro periodo del año 1844. Trata sobre la participación de Gabriel de la Concepción Valdés (alias Plácido), considerado como su promotor principal. Plácido era un mulato libre y uno de los

poetas cubanos más renombrados de su época.. Para algunos, su personalidad demasiado dádiosa no se avenía con las características del organizador de una rebelión de esclavos que de



Corte de caña. Víctor Patricio de Landaluze.

haber tenido éxito habría conmovido los cimientos de un lucrativo sistema económico basado en la exportación de azúcar de caña, en el que los negros llevaban todo el peso de la producción. Otros aseguran que Plácido era un hombre de mucho talento, agudo y sagaz, que además reflejaba una gran astucia política en su poesía. Durante su arresto, antes de ser ejecutado, jamás hizo confesión alguna sobre la conspiración.

Existen también los que dudan de la exis-

tencia real de la Conspiración y atribuyen los hechos a invensiones del gobierno español para sembrar el miedo entre las razas, reprimir a los disidentes y destruir un sector de la población “libre de color”, que emergía en la sociedad colonial-esclavista cubana. Lo cierto es que el tribunal militar instituido al efecto declaró la existencia de una conspiración revolucionaria de la población “de color” en el año 1944, con el consiguiente arresto y castigo de sus responsables y participantes. La persecución y la tortura se extendieron por casi todo el occidente de la isla.

Al terminar el año 1944 miles de negros, libres y esclavos, habían sido ejecutados, desterrados, encarcelados o dados por desaparecidos. Los que lograron sobrevivir ese período, también conocido como “El año del cuero” (The Year of The Leash), fueron empujados nuevamente y con mayor fuerza a lo más bajo de una jerárquica estructura socio-racial que situaba a los peninsulares (blancos nacidos en España) en el primer escalón, seguidos por los criollos blancos (nacidos en Cuba). Los campesinos, monteros o guajiros, blancos pobres residentes en zonas rurales, se situaban en el estrato inferior de este grupo.

Entre los negros, los “bozales” o “negros de nación”, aludiendo a su origen africano, constituían el grupo inferior, aún después de haber vencido ciertos obstáculos de adaptación forzada y de haber incorporado algunos patrones de la cultura hispánica. Se trató siempre de borrarle de la mente al africano sus raíces culturales, su lengua, su religión, sus costumbres y cualquier expresión que recordara sus antecedentes, para de esa forma convertirlo en un instrumento más dócil en medio los rigores que la esclavitud le había impuesto. Muchas veces al negro “bozal” se le llamaba de manera despectiva “saco de carbón”. Ellos llegaban a obtener el calificativo de “ladinos” cuando lograban comunicarse en español. En contraste, el esclavo criollo, nacido y criado en Cuba, con un mayor conocimiento de la lengua española, parece

haber tenido mejores oportunidades que el “bozal”.

Entre la población libre, los mulatos ocupaban la posición más relevante. El “pardo” aunque de ascendencia africana, se situaba en un estrato superior al del “moreno” (negro) libre. Fue así que los “libres de color” buscaron desde el principio el blanqueamiento, para lograr ascender en la escala social. Para lograrlo preferían establecer matrimonios con personas de piel más clara. Ello podía ofrecer beneficios sociales tanto al cónyuge como a los hijos.

El autor demuestra con irrefutable claridad que el sistema de plantación azucarera logró convertirse en la principal empresa económica de Cuba, a costa de la importación masiva de esclavos africanos procedentes de la Costa de Oro, Benin, Angola, Mozambique o el Congo. En 1840 Cuba era el primer productor de azúcar del mundo gracias a los mandingas, yorubas, congos, ibos, minas y gangas. El autor analiza también como los esclavistas, de manera deliberada, reunían en una misma plantación a esclavos de muy diversas procedencias étnicas, para estimular la división y el conflicto entre ellos. Al mismo tiempo consideraban, en su despiadado proceder, que era más económico hacer trabajar de manera intensiva a los esclavos, durante largas y agotadoras jornadas hasta su prematura muerte y reemplazarlos luego con la compra de otros, que asumir su manutención por mucho tiempo. Con razón muchos esclavistas del sur de los Estados Unidos, amenazaban con enviar sus esclavos a Cuba, como una forma de castigo.

Sin dudas, este es un libro importante para cualquier persona interesada en ampliar sus conocimientos sobre las particularidades de la relación raza/clase en la sociedad cubana, la historia de la esclavitud en esa isla caribeña y La Conspiración de la Escalera. Solo así es posible entender el viejo dicho de los plantadores cubanos: “Con sangre se hace el azúcar”.